



***Mamá tu legado es  
más que una huella en el tiempo,  
es un eco eterno de amor***

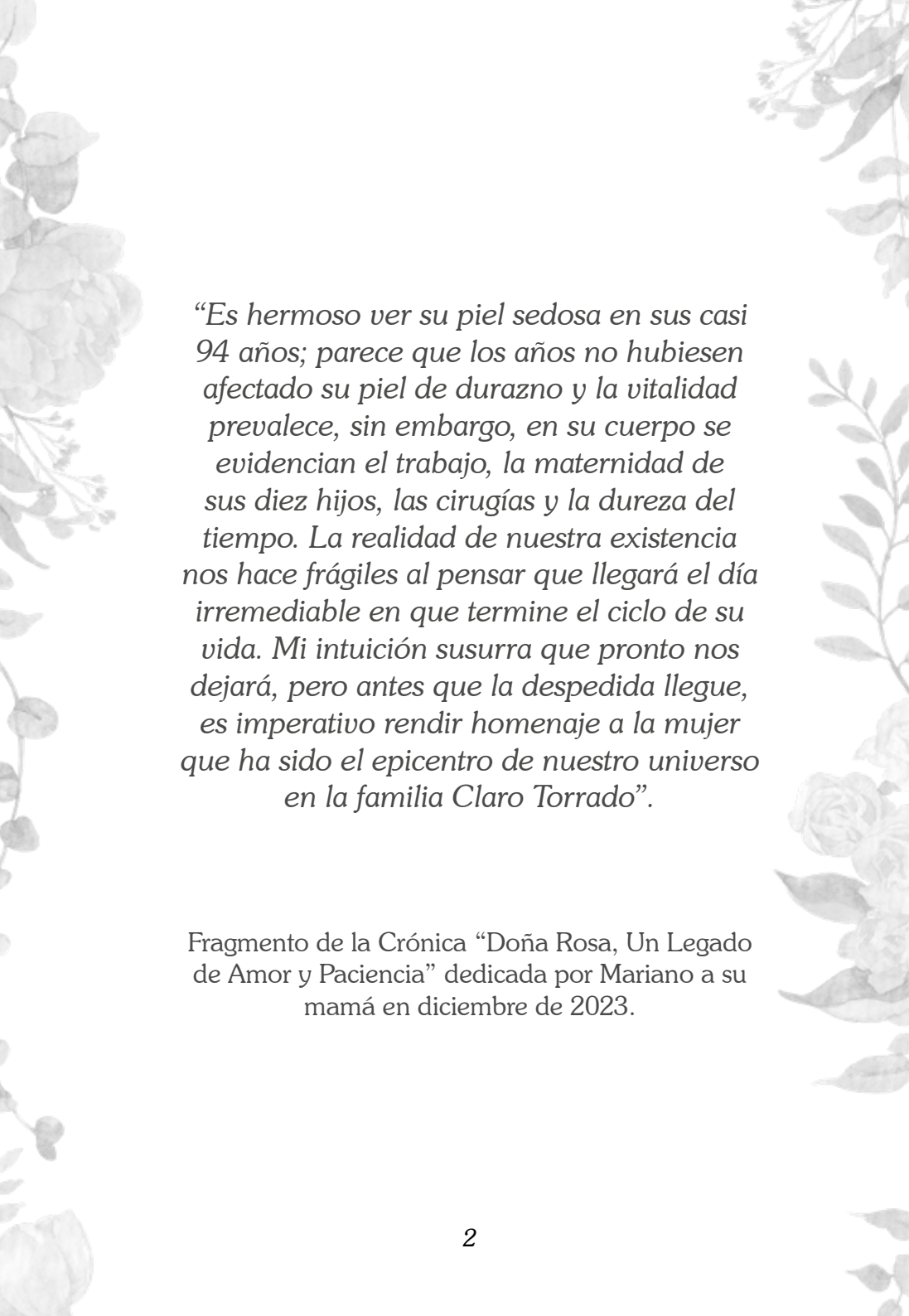
Queridos amigos y familiares,

Expresamos nuestros más profundos sentimientos de gratitud por acompañarnos el pasado primero de julio, en la despedida de nuestra querida madre, **Rosabel Torrado Vda. de Claro**. Sus generosas palabras, sus cálidos abrazos y los mensajes solidarios fueron un bálsamo que nos brindó consuelo en medio del inmenso dolor y la tristeza que sentimos.

Su compañía nos recordó que, incluso en los momentos más sombríos, siempre hay corazones dispuestos a compartir nuestra carga, iluminando el camino con su presencia.

Con todo nuestro afecto,

Hermanos Claro Torrado: Juan Abel, Yolima, Eucaris, Cecilia, María Helena, Diomedes y Mariano.



*“Es hermoso ver su piel sedosa en sus casi 94 años; parece que los años no hubiesen afectado su piel de durazno y la vitalidad prevalece, sin embargo, en su cuerpo se evidencian el trabajo, la maternidad de sus diez hijos, las cirugías y la dureza del tiempo. La realidad de nuestra existencia nos hace frágiles al pensar que llegará el día irremediable en que termine el ciclo de su vida. Mi intuición susurra que pronto nos dejará, pero antes que la despedida llegue, es imperativo rendir homenaje a la mujer que ha sido el epicentro de nuestro universo en la familia Claro Torrado”.*

Fragmento de la Crónica “Doña Rosa, Un Legado de Amor y Paciencia” dedicada por Mariano a su mamá en diciembre de 2023.

Con inmensa gratitud compartimos esta sentida crónica  
escrita por Mariano en memoria de nuestra señora  
madre:

Crónica  
**Últimos Latidos de Amor**  
*¡A mi madre, Doña Rosita!*

Era una tarde del sábado 29 de junio de 2024. Los rayos del sol dibujaban el horizonte. Desde la ventana de mi estudio, contemplaba los colores ocres sobre las montañas que circundan al aeropuerto Palonegro, que sirve a Bucaramanga. Mis pensamientos estaban aferrados y expectantes al estado de salud de mi madre, quien seguía hospitalizada. Su salud, otrora vigorosa, se iba menguando, aunque los médicos ya la habían logrado estabilizar. Los signos vitales eran desalentadores a sus 94 años, el final parecía inminente, pero en el corazón de sus hijos latía la esperanza, sabiendo que solo Dios decide el día y la hora.

Me encontraba en una dolorosa encrucijada, sin saber si viajar o esperar su evolución. De pronto,

sonó mi teléfono, rompiendo el silencio de mis pensamientos. Era mi sobrina, Karla Gabriela. Al responder, una oleada de pánico me invadió. “Tío”, —dijo con voz quebrada—, “creo que la abuela lo necesita aquí. En cualquier momento le puede fallar el corazón. Según los últimos exámenes, los riñones están funcionando al 38 por ciento y el corazón solo al 39”. Su voz, cargada de angustia, resonó en mi mente, haciendo palpable la fragilidad de la vida y la urgencia del momento.

Mi esposa, con el rostro marcado por la preocupación, se acercó y, tomándome las manos, me dijo con ternura: “Amor, lo mejor es que viajes cuanto antes. Debes hacerlo con alguien que te acompañe y te ayude a conducir”. Su voz, llena de amor y apoyo incondicional, era un bálsamo en medio de la tormenta que atravesábamos. ¡Sí, amor, viajo mañana! Mamá, me necesita, y es crucial apoyar a mis hermanos, en especial a Nena”, —le respondí, con la voz entrecortada, haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas. La rapidez de mi compañera de vida fue asombrosa. En dos minutos contactó a un compañero de trabajo en la DIAN y hábil conductor. “Ya hablé con Edgar. Me dice que está listo para acompañarte”, anunció Yoly con una sonrisa cálida y su voz llena de certeza. Su actitud serena y resolutiva me impulsó a tomar la decisión. Listo amor, ¡salimos mañana a las 6:00

am! Le respondí sin titubear, sintiendo una profunda gratitud por tenerla a mi lado en ese momento tan difícil.

La salida fue a la hora señalada. Desayunamos en el restaurante La Playita en el Páramo de Berlín, un lugar que siempre elegimos para hacer una parada técnica. Mientras desayunábamos degustando la comida típica santandereana, una ráfaga de recuerdos me envolvió. Recordé los viajes realizados en compañía de mi mamá, su presencia cálida y sus conversaciones llenas de sabiduría. Viajar con ella era una delicia, recorrer juntos los 198 kilómetros que separan a Cúcuta de Bucaramanga era siempre una aventura llena de cariño y complicidad.

Cómo olvidar aquella vez cuando, al pasar por el sector de la Laguna, comenzamos a rezar el Santo Rosario y logramos terminar el quinto misterio justo al divisar Pamplona. Algunos podrían considerarlo una exageración, pero es cierto: en cada misterio, ella rezaba alrededor de 25 avemarías o más. Se sumergía tanto en sus oraciones que no me escuchaba cuando, tocándole el brazo, le advertía: “¡Mamacita, siguiente misterio!”. Con una mirada llena de picardía y devoción, respondía: “Aaaah, me faltan dos”.

Estos momentos, aunque simples, eran la esencia de nuestra relación. Cada viaje, cada oración compartida, cada sonrisa y mirada cómplice se convierten en tesoros invaluable en mi memoria. Sentí una profunda nostalgia, pero también una inmensa gratitud por haber tenido la oportunidad de vivir esos momentos con ella. En ese instante, mientras continuábamos nuestro viaje, sentí su presencia más cerca que nunca, como si estuviera viajando a mi lado una vez más, guiándome y dándome fuerzas para afrontar lo que estaba por venir.

Eran las 11:20 de la mañana de ese 30 de junio de 2024, cuando llegué a la Clínica Santa Ana de Cúcuta. Mi corazón latía con fuerza mientras me acercaba a la habitación 21A, donde mi madre luchaba por su vida. Al entrar, me esperaba mi querida hermana María Helena, quien además de ser la hija menor, había sido su cuidadora amorosa e incondicional. Nos abrazamos sin decir palabra alguna, dejando que el silencio hablara por nosotros, cargado de tristeza y amor.

Con un nudo en la garganta, me acerqué a la cama donde yacía mi madre. Tomé delicadamente su rostro entre mis manos, besé su frente con ternura y le susurré: “¡Mamacita, aquí está tu hijo Marianito, te amo mi amor!”. La miré fijamente, esperando algún signo de reconocimiento, pero sus bellos ojos

ya no se abrían. Su semblante había cambiado, la respiración era un murmullo desesperante.

El dolor de verla en ese estado de tribulación me desgarraba el alma. No fue fácil contemplar a mi madre, una mujer fuerte y llena de vida, ahora frágil y vulnerable. En ese momento, cada segundo se sentía eterno, cada suspiro suyo resonaba en mi corazón como un eco de su amor incondicional.

Hoy, al recordar esas últimas 16 horas que estuve asistiendo a mi adorada madre, me doy cuenta de la profunda conexión que nos unía. Fueron los últimos latidos de amor de doña Rosita, momentos que quedarán grabados en mi memoria para siempre. Su presencia, su fortaleza y su amor eterno seguirán iluminando mi vida, guiándome con su ejemplo y su espíritu pausado y amoroso.

Paradójicamente, ese 30 de junio, setenta y seis años antes, mamá estaba dando a luz a su primer hijo, mi hermano mayor Juan Abel. La celebración de su cumpleaños se limitó a unos minutos de encuentro para compartir una pequeña torta, pero nuestras mentes y pensamientos estaban completamente dedicados a mi madre, quien luchaba por su vida en la habitación 21A de la Clínica Santa Ana.

Esa noche, mi hermana María Helena, con su amor inquebrantable y su inagotable devoción, decidió descansar apenas tres horas antes de retomar



sus cuidados y acompañamiento a nuestra madre. Se sentó en aquella incómoda silla de plástico, sin poder conciliar el sueño, siempre atenta a cada suspiro y murmullo de nuestra amada progenitora. Su sacrificio y entrega eran reflejo del profundo amor que sentía por mamá, un amor que trascendía el cansancio y el dolor.

A las 8:00 de la mañana del primero de julio de 2024, llegué a la Clínica Santa Ana para relevarla en la noble labor de cuidar a nuestro ser amado. Fueron nueve horas y veinte minutos de intensa plegaria, suplicando misericordiosamente al Dios de la vida que le concediera a mamá el descanso que tanto merecía. Veía su cuerpo maltrecho, debilitado por los 94 años de consagración como madre abnegada, que con amor engendró y sacó adelante a sus 10 hijos Claro Torrado, más los 10 hijos Claro Franco del primer matrimonio de su esposo.

Mi madre fue siempre una mujer trabajadora, una roca de fortaleza y generosidad. Se dedicó amorosamente al cuidado de su esposo, don Juan N. Claro B., durante más de seis años mientras él enfrentaba graves quebrantos de salud, hasta el lunes primero de octubre de 1979, rodeado de sus 19 hijos y numerosos nietos, él descansó en paz. A partir de ese momento, mi madre, con tan solo 49 años, se convirtió en el pilar de unidad y la razón para seguir adelante para toda la familia. Su espíritu



valeroso y su amor incondicional fueron la fuerza que nos mantuvo unidos y nos inspiró a superar las adversidades.

En enero de 2012, se presentó la dolorosa partida de su hija Elizabeth, —la inolvidable Chabelita—, un momento de profunda tristeza, ya que mi hermanita, a sus 55 años, siempre fue una niña de corazón, su ternura y alegría era desbordante. Dos años después, la pérdida fue aún más devastadora. Bernardo Alonso, a sus 60 años, quien había asumido el rol de segundo padre para los hermanos Claro Torrado, falleció repentinamente el 12 de noviembre de 2014. La noticia de su muerte súbita dejó a mamá sumida en una profunda desolación, agravando el peso de los años y las pérdidas que ya había soportado.

La ley natural dice: “Que los hijos deben enterrar a sus padres y cuando los padres entierran a sus hijos, su vida nunca volverá a ser la misma”. Esta ley no se cumplió para mi madre, ya que tres años después, su amado hijo sacerdote, quien tras sobrellevar una dura enfermedad y dar testimonio del valor del sufrimiento, siendo un ejemplo vivo de entrega a la vida espiritual, a la Eucaristía y al apostolado como hombre de Dios, falleció el 27 de junio de 2017 a las 5:20 de la tarde. La partida de mi hermano causó un dolor inconmensurable en el corazón de doña Rosita. Ver partir a tres de sus hijos fue una carga inimaginable, pero mamá, con su fe perseverante,

encontró la fuerza para seguir adelante, guiándonos con su ejemplo de amor, fortaleza y resiliencia.

Eran las tres de la tarde de ese inolvidable primero de julio de 2024, hora sagrada en la que desde el primero de octubre de 2020, familiares y amigos nos unimos a rezar el Santo Rosario. Este momento de devoción, es un refugio de fe y esperanza, una tradición que hemos conservado con disciplina y constancia; sin lugar a la duda, ésta práctica diaria me ha fortalecido para enfrentar y doblegar a mí amigo Parkinson.

Ese día tenía todo previsto para rezar el Santo Rosario desde la habitación 21A de la Clínica Santa Ana. Me conecté a Google Meet a las 2:45 pm e inmediatamente fueron conectándose hasta tener alrededor de cincuenta personas unidas en oración. Fue un momento donde sentí una profunda gratitud y consuelo al sentir el apoyo de cada uno de ellos, rezando juntos, a pesar de la distancia física. Las voces se entrelazaban en un canto de esperanza y súplica, creando una atmósfera cargada de espiritualidad y solidaridad.

Mi entrañable amiga Rosalba Díaz Archila fue la primera en conectarse. Me envió una bella oración para compartir al iniciar y al terminar el Rosario: “Ofrecimiento de la propia voluntad a la Voluntad de Dios a la hora de la muerte”, que inicia con esta significativa expresión: “Dulce Jesús mío, quiero

morir en tu divina Voluntad”. En ese instante miré a mi madre y su respiración era cada vez más lenta. Procedí a distribuir cada uno de los misterios y solicité a Rosalba ofrecer el Santo Rosario e iniciar con el primer misterio. Su voz angelical cautivó la atención y propuso que al final de cada misterio se rezara el Rosario a San José. Ciertamente, fue una iniciativa cargada de devoción y amor que nos llenó de paz. Al escuchar sus palabras, sentí una ola de consuelo y esperanza que me abrazaba en medio de una tormenta de emociones.

Mientras rezábamos, las Ave Marías se convertían en bellas rosas que adornaban el momento de incertidumbre. Sentía en mi corazón la presencia del Espíritu Santo, iluminándonos y guiándonos con sabiduría. Las lágrimas se deslizaban silenciosamente por mis mejillas; una mezcla de tristeza y consuelo al saber que no estábamos solos en ese momento tan difícil. Era como si cada palabra de la oración se convirtiera en un puente que nos conectaba con el amor divino y con la fortaleza interior que necesitábamos. Cada rosa espiritual que ofrecíamos se transformaba en un símbolo de esperanza, envolviéndonos en una atmósfera de paz y serenidad. Aunque la tristeza era inevitable, la fe nos sostenía, infundiéndonos el coraje para enfrentar la despedida con amor y gratitud.

La conexión con mis seres queridos virtualmente, me dio fortaleza. Sabía que nuestra fe colectiva y unidos en oración, tenía el poder de trascender cualquier barrera. Ese día, más que nunca, comprendí el verdadero significado de la comunidad y del amor que nos une. La oración se convierte en un lazo invisible que nos mantiene firmes y esperanzados, confiando en la misericordia divina y en la intercesión de la Virgen María.

El Santo Rosario terminó a las 4:30 de la tarde. En ese momento llegó mi sobrina Karla Gabriela Niño Claro, su presencia era un recordatorio de la unión y el amor familiar. Le propuse rezar el credo, un acto de fe que nos uniría aún más en ese momento de necesidad. Mientras rezábamos, tomé los pies de mi madre y los acaricié sutilmente, elevando una plegaria para pedir misericordia. Sentí un enlace profundo con ella, como si, a través de ese gesto, le transmitiera todo mi amor y mi profunda gratitud.

Inexplicablemente, Karla salió de la habitación, dejándome a solas con mi adorada madre. En ese instante, tomé una pequeña estola que mi hermano sacerdote utilizaba para aplicar los Santos Óleos y la coloqué en su frente. La habitación estaba llena de una calma sobrecogedora, un silencio que hablaba más que mil palabras. Me incliné hacia mi madre, sintiendo el peso del momento y la profundidad del vínculo que compartíamos. Mis lágrimas brotaban

lentamente de mis ojos; no eran solo de tristeza, sino también de gratitud por haber tenido la bendición de asistir a mi madre en ese final. En ese momento, sentí una profunda conexión y un amor indescriptible, sí, era el momento para agradecer por la bendición de haber podido disfrutarla 94 años. Era un adiós lleno de amor, gratitud y una paz que solo el amor verdadero puede ofrecer.

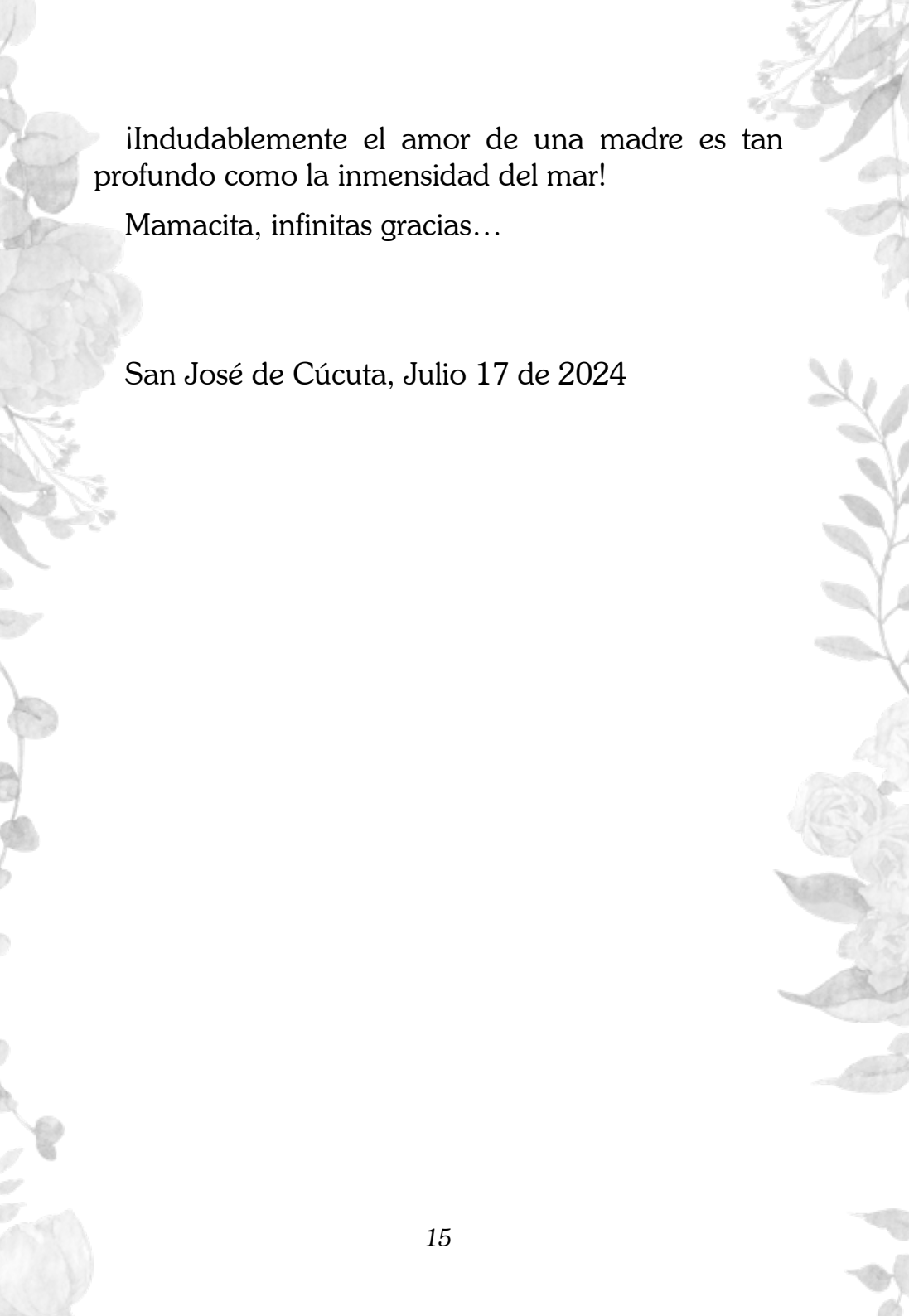
Ese momento fue de una solemnidad. Fui testigo de cómo la vida de mi madre se desvanecía delicadamente, como una llama de fuego que se apaga suave y sutilmente. El misterio de la muerte se hizo presente en la habitación 21A. El reloj marcaba las cinco y diez minutos de esa tarde, cuando mi celular rompió el lánguido silencio. Era una videollamada de Eucaris, mi querida hermana. Al responder, escuché las voces de mi hermana y de mi sobrina ahijada, Adriana, quienes al unísono me preguntaron por mamá. Con voz entrecortada y sollozante, les dije: “¡Se está muriendo!”

Ellas, con un amor profundo y conmovedor, comenzaron a cantar: “Madre mía que estás en los cielos, envía consuelo a mi corazón”, seguida de otra que dice: “Cuántas veces, siendo niño, te recé; con mis besos te decía que te amaba”. Cada nota, cada palabra, resonaba en la habitación como un eco de esperanza y despedida. Mientras tanto, la respiración de mi madre se fue haciendo cada vez más pausada.

Sentí cómo su espíritu se elevaba, dejando atrás el sufrimiento terrenal. En su rostro, un gesto de profunda paz y serenidad me hizo comprender que se había encontrado con su amado hijo sacerdote. La paz en su semblante me brindó consuelo, y su última exhalación fue como un susurro de amor eterno que me acompañará por siempre.

En ese instante sagrado, la Divina Voluntad me concedió el privilegio de acompañar a mi madre, Doña Rosabel Torrado, en su último suspiro. Inspirado por el Santo Espíritu de Dios y con una fe inquebrantable, dije: ¡Jesús Emiro, siento tu presencia! Sé que estás aquí. Toma la mano de nuestra madre y guíala por ese sendero lleno de flores, donde Dios, en su infinita Misericordia, nos recibe con melodías celestiales y cánticos que evocan el amor eterno y la felicidad sin fin”. Ella hizo un gesto extraño, cerró la boca tres veces como para tomar impulso, frunció el ceño y expiró su último aliento de amor maternal.

En la disyuntiva entre el aquí y el más allá, entre el ahora y lo eterno, comprendí que mi madre era una figura atemporal, una luz brillante cuando el sol de la vida comienza a declinar. Su legado es más que una huella en el tiempo; es un eco eterno de amor y paciencia que resonará en la familia Claro Torrado a través de las generaciones venideras.



¡Indudablemente el amor de una madre es tan profundo como la inmensidad del mar!

Mamacita, infinitas gracias...

San José de Cúcuta, Julio 17 de 2024





*Rosabel Torrado Vda. de Claro*  
*Marzo 6 de 1930 - Julio 1 de 2024*